

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
Calle de la Fortaleza, número 9.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimtre.

“LA AZUCENA” que veía la luz en Ponce, habrá sobre tres años, renace y saluda cordialmente á sus apreciables lectoras y lectores, así como á sus colegas de la Prensa de toda la Isla.

Sin dejar de continuar dedicada esta publicacion muy especialmente al bello sexo, del cual contaba al desaparecer crecido número de suscriptoras, se presenta hoy con más amplia esfera, pues va dedicada en general á todas las personas amantes de las ciencias, las letras y las artes, de quienes se promete buena acogida y la proteccion constante de qué habrá menester: no siendo, por desgracia, sobrado el número de los aficionados á la lectura, ni grande el de los que, íntimamente persuadidos de la conveniencia y hasta necesidad de sostener las publicaciones destinadas á fomentar aquella afición, se presten á ello con el debido ahinco y la indispensable perseverancia. Es decir que, abreviando el rodeo para no desviarnos de la verdad, son contados unos y otros, y el esfuerzo de los últimos habrá de ser mayor, si como no es de dudarse sin lastimar la certeza de sus asertos, reconocen el bien del saber y lo aman y procuran.

La *Azucena* se hallará siempre dispuesta á escuchar las observaciones y consejos de sus favorecedores y protectores, y sus columnas están á la disposicion de los que entre aquellos quieran honrarlas con sus trabajos; siempre que, á juicio de la Direccion (que para no parecer absoluta se consultará en los más de los casos, con algunos amigos) estén dentro de los ramos que forman el carácter puramente literario de esta publicacion, ó no contengan inconveniencia alguna respecto de lo lícito y lo legal.

Esta publicacion destinada á encuadernarse en tomos, á cuyo fin está dispuesta su forma, contiene relativamente á su espacio, como podría verse, más lectura que otras publicaciones de mayor apariencia y procuraremos que sea casi tanta como la de los tres números que mensualmente daba la antigua *Azucena*.

Réstanos añadir que, en la vía de velar por el buen nombre literario de la Revista, pondremos á disposicion de sus autores, sin estar obligados á dar explicaciones que equivaldrían á otros tantos juicios críticos, las obras destituidas por completo de mérito literario; y en cuanto al de las que insertemos, la Direccion no se hace ni se hará solidaria con ellas en absoluto. Con mayor razon ó más extensamente, salvamos esta solidaridad respecto de la *Seccion de Remitidos*.

CONVERSACION CON MIS LECTORAS.

Siempre fué muy de mi gusto la conversacion con las de vuestro sexo. Cuando niño, las palabras de mi madre tenían todo el encanto de aquellos cuentos de las “MIL Y UNA NOCHES,” que sin duda conocereis. Cuando jóven ¿quién podría dudar que dejaría de gustarme aquel comercio de dulces palabras, que rara vez pasaba por mi oído sin gravarse en mi corazon? Hoy, ya en el agosto de la vida, conservo la afición á disertar con vosotras; y para evitar murmuraciones, lo hago por medio de esta REVISTA, es decir, públicamente. En ella prometo consagraros con frecuencia algunos ratos que por fortuna para vosotras, no serán tan largos que pudieran distraeros de ocupaciones mas importantes, ni robaros los momentos que quizá consagraríais de mejor grado á pláticas mas sabrosas.

No imaginéis que pienso adularos: que no entiendo yo de este modo la galantería; ántes bien, estoy persuadido de que cumplo mejor con ella contradiciendos algunas veces, nunca por capricho. Creo que no debe tratarseos como á muñecas, á las que se viste y *entona* solo por el buen parecer, ni como á los locos, á quienes se concede la razon por lo mismo que no la tienen. Os trataré, pues, como á personas capaces de oír la verdad: que no son muchos en el sexo barbon los que tienen el valor de oír; si bien, en consideracion á que no estáis acostumbradas á tales franquezas, procuraré recordar aquello del Tasso:

“*Così all'egro fanciul porgiamo aspersi
di soave licor gli orli del vaso.*”

Pero basta de programa: no quiero que vayais á tomarne por tan uraño que os espante; y aunque os parezca serio, podría deciros con uno de los dos Moratines, si no recuerdo mal, que “dentro tengo el alma jugetona.”

¿De qué hablaros, pues?

¿ De modas ? No soy ciertamente lo mas aparejado para el caso.

¿ De teatro ? Cuando haya motivo. Tan lúgubre va poniéndose nuestro coliseo de puro cerrado, que á no ser por Momo y Terpsicore, á quienes el amigo Soler ha puesto de acuerdo para darse algunas bromas y bailar algunas danzas, andaría pidiendo de por Dios que le diesen otro oficio ménos triste.

¿ Os hablaré del calor, de las delicias del campo ? Pero quién ignora que en Agosto todo el mundo se asa vivo en el hemisferio norte ? ¡ Dichoso Júpiter y Saturno, dichoso Urano ! En ellos todo se vuelve lunas, dorados anillos y frescura !

¿ Os hablaré de lo bello y de lo bueno ?

Tiempo sobrado tendremos para tales materias.

Antes habríamos de fijar aquellas palabras :

Existe lo bello en la naturaleza, lo bello en el arte, &c., así como lo bueno en la moral y lo bueno en otras cosas, porque como Dios es lo bueno y lo bello en absoluto, no nos ha dejado á las criaturas sino una porcioncilla de bellezas y bondades relativas é incompletas todas ; pero no nos apuremos, que en éste al parecer reducido espacio, hay sobrado en que ocuparse.

Suponeos que la perfeccion viene á ser para la mayor parte, lo que cuadra mejor á los gustos propios, y ved si hay gustos y gustos de gustos en esta brevísima porcion de las humanidades siderales, como diría Flammarion : el autor de la Pluritud de mundos habitados ! Curioso libro que, entre paréntesis, se vende en casa de Gonzalez y creo que tambien en casa de Sancérrrit.

En cuanto á los defectos, ¿ con quién vendríamos á quedarnos si hubiésemos de pretenderle sin ellos, máxime cuando, como acontece con frecuencia, solemos tomar por tales defectos, virtudes ó méritos que tienen la desgracia de no estar en armonía con nuestras aficiones ?

Vosotras seríais perfectas, sino fuese porque Dios ha querido que la imperfeccion pudiera determinarse lógicamente : así es que cuando algun galán os diga que sois perfectas, ponedlo en cuarentena ; puesto que ni aun por hermosas os librais de la imperfeccion. Recordad que Milton, el poeta inglés, autor de crédito en la materia (y le juzgo tal porque ha sabido pintarnos en su famoso poema el Paraiso Perdido, una Eva cuyos atractivos podrían perder á mas de un Adam y de un género humano) nos ha dicho que la mujer es el " bello defecto de la naturaleza."

Antes de terminar, ¿ conocéis " *La Leyenda de los veinte años*," librito que acaban de publicar sus Editores Gonzalez y C^ª ? Si lo conocéis y os ha gustado, tanto mejor para el nombre de su autor Tapia y para la edicion, por aquello de que las ediciones valen más cuando mueren, es decir, cuando se agotan, y nadie mejor que vosotras puede hacer que se agote aquella.

Si la leyenda mencionada os pareciere corta, recordad que así acontece con los veinte, que apenas comienzan, cuando ya están á la vista los veinte y uno.

Hasta otro dia vuestro amigo

Él.

MADRIGAL.

Alegre el ruiseñor de rama en rama
cantando vuela en el florido prado,
y en cada trino de su pico arpado
su dulce libertad feliz proclama.
Mas ay ! que incáuto huella
oculta liga de envidiosa mano
y presto gime prisionero en ella.
Así de amor en el jardin florido
tras una bella y otra bella ufano
corrí inconstante de ilusion henchido....
Pero ay ! que una hechicera
tendió á mi libertad amantes lazos,
y como el ruiseñor en la pradera
prisionero de amor gimo en sus brazos.

JACOBO.

VIDA DE LUIS DE CAMOENS. (*)

Descendia este ilustre poeta de unos antiguos y nobles caballeros de Galicia llamados los Caamaños, que tenian su solar entre Noya, Barcala y Sonaira, y eran señores de diez y siete pueblos ó feligresías. De esta familia era Vasco Perez de Caamaños, que el año 1370, pasó á servir á Don Fernando, rey de Portugal. Este rey hizo de él tanto aprecio, que le dió las villas de Sardoal, Puñete, Maraon, Amendoa, Consejo de Gestazo, y las tierras que poseyó en Avis y Estremoz la infanta Doña Beatriz : tambien le dió lugar en su Consejo y le nombró Alcaide mayor de Portalegre y Alenquer, cargo de gran confianza y estimacion, principalmente en aquellos tiempos.

Vasco Perez de Caamaños, (apellido que comenzó á alterarse en Portugal y se convirtió en el de Camoens,) casó con una hija de Gonzalo Tenreiro, general de las armadas de Portugal y maestro de la órden de Cristo. De esta señora hubo tres hijos, Gonzalo Camoens, Juan Vaz de Camoens, y Doña Constanza Camoens ; todos los cuales casaron ventajosamente y entroncaron con las mejores y mas nobles casas de Portugal.

Juan Vaz de Camoens, persona distinguida en la guerra y en la paz, casó con Inés Gomez de Silva, y de ella hubo á Antonio Vaz de Camoens. Éste casó con Doña Guiomar Vaz de Gama, de la familia del célebre Vasco de Gama, y de ella hubo á Simon Vaz de Camoens. — Éste y su mujer Doña Ana de Macedo, fueron los padres del célebre poeta Luis de Camoens, único hijo que quedó de aquel matrimonio y en el cual se extinguió su línea por haber muerto soltero.

Parece que Luis de Camoens, nació en Lisboa el año 1525. Apenas tuvo doce años, lo enviaron sus padres á estudiar á la universidad de Coimbra, donde aprendió las lenguas sábias, las humanidades y la filosofia, segun se enseñaba en su tiempo : se dedicó tambien á la historia, con tanto empeño, que nada hubo en la mas remota antigüedad que se le ocultase.

Luego que acabó sus estudios, volvió á la Côte donde residian sus padres, y á donde los jóvenes de mérito acudian entónces para perfeccionar su educacion y para pasar desde allí á las dos escuelas militares de África y de Asia. Como estaba adornado de todos los conocimientos que pueden formar el espíritu, de un talento admirable para la poesia, de un corazon sensible y ardiente, de una presencia bellísima que realizaba sobremanera todas las ventajas que habia debido á la naturaleza y á la educacion, ganó inmediatamente la confianza de todos los que le trataron.

En la Côte fué donde vió por primera vez á Doña Catalina Ataide, conjunto de gracias y de belleza, si debemos creer á la encantadora descripcion que hace de ella en el soneto *Hum mover de olhos brando é piedoso*, &c. Era esta Señora dama de palacio, y segun podemos juzgar por su apellido, parienta de Don Antonio de Ataide, primer Conde de Castañera, poderoso valido del rey Don Juan III. La vió por su desgracia el joven Camoens, y la comenzó á amar con aquel amor noble y fino que su corazon era capaz de sentir, con aquel amor ardiente que expresó con tanta fuerza en aquellas poesias que aún conservan el fuego de la pasion que las dictó, con aquel amor inalterable que en ámbos duró tanto como la vida.

Estos amores inspiraron á Camoens la mayor parte de sus primeras poesias, y fueron la principal causa de sus infortunios. Aunque él era igual en nacimiento á Doña Catalina Ataide, carecia de bienes de fortuna, y podemos conjeturar que la familia de aquélla procuró prevenir una union que juzgaba poco ventajosa ; y agravando una falta harto disculpable en un joven, reclamó el rigor de las leyes, que eran en aquel tiempo muy severas contra los que entreteñian amores en Palacio.

(*) Esta biografía figura al frente de la traduccion castellana que del poema de Camoens hizo y publicó Don Lamberto Gil.



Por este motivo fué desterrado de la Corte á Ribatejo, segun dá él á entender en la elegía que comienza: *El Sulmonense Ovidio desterrado, &c.*

En este retiro procuró Camoens aliviar en lo posible sus penas con el estudio y las Musas. Allí compuso una gran parte de sus Rimas, y allí parece que concibió el plan de su poema épico. Pero ó disgustado de pasar lo mejor de su vida en una oscuridad de que se avergonzaba ó por ver si la ausencia y el duro ejercicio de las armas extinguían la pasión en que su corazón se abrasaba, ó (como parece mas probable) deseoso de proporcionarse en la carrera de las armas alguna colocación que le facilitase su unión con D^{na} Catalina; pasó al África donde los portugueses estaban en guerra con los Moros. Allí se distinguió por su intrepidez y valor, ó hizo ver que sabía reunir los laureos de Marte con los de las Musas, señalándose principalmente en un combate en donde perdió el ojo derecho.

Atendiendo á los servicios que habia hecho en Ceuta, se le permitió volver á la Corte. Voló allá esperando que serían recompensados sus méritos, y que tal vez veria coronado su amor. Pero en la Corte no solo no se premiaron sus servicios, sino que comenzó á suscitarse contra él otra nueva persecucion, que debemos atribuir á las mismas causas que la primera, supuesto que estas subsistian en el mismo estado. Camoens, ó por prevenir el destierro que le amenazaba ó por realizar en Asia los proyectos que no habia podido verificar en Ceuta, se embarcó para la India el año 1553; diciendo al salir de Portugal como Escipion al salir de Roma: *Ingrata patria, no poseerás tú mis huesos.*

Estas palabras indican á primera vista que Camoens no pensaba volver mas á Portugal, y que habia querido romper de una vez los lazos de su amor, condenándose á las penas crueles de una separacion eterna. Pero como muchos años despues que estaba en la India, vemos que aún esperaba vencer los obstáculos que le impedían unirse con su amada, que aún fundaba sus esperanzas en ella, y que no desconfió hasta que tuvo noticias de su muerte; nos parece mas probable que no fué á la India sino con el ánimo de mejorar su suerte y conseguir los bienes de fortuna que los parientes de Doña Catalina creerían necesarios para que un hombre pudiese merecerla.

Sin embargo, nada sabemos de positivo, porque el poeta, por un fino y delicado sentimiento, nunca se explicó sino en términos generales sobre este particular: y sus frios é insensibles biógrafos parece que han tenido miedo ó escrúpulo de darnos noticia de una pasión que tanto influyó en todos los acontecimientos de su vida; supuesto que Doña Catalina Ataíde, fué para Camoens, lo que la célebre Laura para el Petarca. Veinte años cantó el Petarca á Laura viva y diez la lloró muerta, habiéndose empeñado en largos viajes y en penosos estudios para olvidarla. Veinte y tres años adoró Camoens á su Doña Catalina viva, doce ó catorce suspiró por ella muerta; se empeñó en peregrinaciones interminables y expuso en mil ocasiones su vida, no para olvidarla sino para merecerla. Ni el Petarca ni Camoens consiguieron el objeto de su pasión; pero el uno y el otro, mientras vivieron, conservaron en su pecho un volcan que los abrasaba y los hizo los mas desventurados de los mortales.

Luego que llegó Camoens á la India donde se hallaba de vi-Rey Don Alonso de Noroña, dió á conocer su acostumbrado valor en una expedición que hicieron los portugueses contra el Rey de Pimanta, que habia usurpado algunas islas á los Reyes de Cochín y Porca aliados de Portugal. El año 1555 pasó al estrecho del mar Rojo en una escuadra que iba á las órdenes de Manuel Vasconcelos, destinada á esperar y destruir una armada turca: despues de haber sufrido mil incomodidades y haber cruzado mucho tiempo, aunque en vano, delante del Cabo de Guardafú, volvió al golfo Pérsico, y en el año siguiente se restituyó á Goa.

(Continuad.)

PYGMALION.

(BALADA.)

En su vasto taller todo sembrado
de estatuas, de cariátidas y bustos,
habitantes de un mundo que ha creado,
con el rostro radiante
y el cincel en la mano enardecida
Pygmalion anhelante
hace salir una figura erguida,
á quien del fondo de su sueño arranca,
desde la hora feliz que en una blanca
cuna de mármol la encontró dormida.

Es la risueña imágen de una diosa:
ya pronto la termina.
Su cabeza graciosa,
que sobre un hombro desmayada inclina,
recoje en mil primores
su cabello rizado, que semeja
un canastillo rebosando flores;
los globos redondeados de su seno
su edad intacta y virginal revelan;
sus brazos entreabiertos y desnudos
con artísticas líneas se modelan;
y un velo desprendido,
que sus formas dibuja y desvanece
en sueltos pliegues, donde el pié sepulta,
tan púdicas las hace que parece
que ciñéndolas más, mas las oculta.

Vá á terminar el último detalle
su cincel impaciente.
Mirad: plega el extremo de su boca,
como si sonriente
se preparase para dar un beso.
Despues su blanca barba contemplando
un hoyuelo el artista deja impreso,
tan puro y concluido,
que en él parece que el amor jugando
hundió su dedo y colocó su nido.
Ya está. Ningun defecto
ve en su estatua: se acerca y se retira
para buscar la magia del efecto,
y al encontrar el ídolo perfecto
esclama ufano: — ¡La acabé! — y suspira.

Se acerca y queda inmóvil: sus miradas
en ella clava; suben á su frente
de un invisible mar las oleadas;
su corazón palpita fuertemente;
un mágico fluido
circula por sus venas,
y sacude sus nervios con el ruido
de un alma que rompiese sus cadenas;
y entre la nube que flotando crece,
como envuelto en atmósfera magnética,
su ser se desvanece:
súbitas palidecen sus mejillas,
y cae fascinado
á los piés de la estatua de rodillas.

— Mujer, ensueño, diosa,
hija sagrada de mi génio, dime
¿porqué te he concebido tan hermosa?
Y ¿porqué el soplo de la vida errante
no te puedo infundir, y ni un instante,
mientras mi anhelo cerca te divisa,
darte esos dos relámpagos del alma,
la fúlgida mirada y la sonrisa?
¡Oh Júpiter! ánima esta figura
en cuyo seno encierra
dormidos muchos sueños virginales;
este marmóreo vaso
destinado á irradiar sobre la tierra
del Olimpo los rayos inmortales.
Que en ella me sonría la fortuna,

y del sol de su espíritu yo sea
á lo ménos la luna!

Oyeme ¡ oh Vénus, te amo! Yo que he sido
tu Dios omnipotente
soy tu esclavo rendido!

Te quiero tanto que si tú en mis brazos
me dijeras, mostrándote insensible:

— “Soy la imágen fatal del imposible —
te haría mil pedazos!

Mi amor del seno del amor te evoca:

déjame recoger un dulce beso,

un beso nada mas en esa boca

que he visto dibujarse,

y la puse entreabierta

en tu rostro ideal, como una puerta

dó pudiera el amor siempre asomarse.

Oyeme; aquí te espero,

Sílfide de mi Elíseo:

sonríe junto á mí; bésame ó muero!

La estatua entonces tímida se mueve:

un invisible génio la colora,

y su rostro se baña

con un celeste resplandor de aurora;

su seno frio palpitante ondula

como en abril un lago se deshíela,

cuando la sávia del amor circula;

alza una mano y á su frente toca;

la otra la lleva al corazon; se deja

en sus brazos caer; posa su boca

sobre la boca de su amante opreso,

y esclama cual sonámbula á su vista:

— ¡ Yo te amo, gran artista;

tu obra merece que te dé este beso!

G. BELMONTE MULLER.

31 Julio 1,874.

Tenemos el gusto de insertar la carta necrológica que el Sr. D. Miguel Sanchez Pesquera dirige á las Srtas. de Asensí que han tenido el sentimiento de perder á su padre, en Madrid, donde figuraba como una de las personas de mayor gusto literario y de mayores conocimientos en la ciencia arqueológica.

CARTA NECROLÓGICA.

Mi distinguidas amigas:

Acabo de recibir por el último correo la triste dolorosa noticia de la muerte de vuestro padre: — eran UU. demasiado felices — el sol de la dicha nunca se ponía en los horizontes de vuestra casa; las horas se contaban por caricias, las mañanas por bendiciones y sonrisas; nunca de almas tan bellas se exhaló con mas pureza el verbo perfumado del espíritu: ayer no mas vuestro padre ceñido con la triste respetable corona de sus canas, presidía nuestrás gratas diversiones en la hora del estío bajo aquellos verdes árboles que en vano cuajarán sus hojas de rocío, y moverán con indolencia sus copas de esmeralda como un templo vacío y solitario en donde ya no resuena el himno de las antiguas fiestas y el eco de las pasadas inocentes alegrías. Estaba escrito: el rayo debía caer sobre vuestras frentes y... vuestro padre ha muerto.

— Yo tuve siempre una marcada predileccion por su amistad: un afecto desinteresado y noble había ligado nuestras dos almas. ¡ Cuántas veces, en las veladas del invierno penetraba en su habitacion, verdadero museo de arqueología, y con hábil ingenio residenciaba ante mis ojos las antigüedades del Egipto, de ese pueblo, necrópolis de la historia humana, que hizo de la vida el eterno pensamiento de la muerte!

Sí, amigas mías: el oceano me separaba ayer de él, hoy nos separa la eternidad — él ha pasado y noso-

tros tambien pasáremos como los rios que á no volver precipitan sus aguas, y el polvo de nuestros huesos, transformado en la grande alquímia de la creacion, animará en la vida de nuevos organismos, azotará el umbral de nuestros viejos hogares, fecundará las miéses de los campos ó flotará sobre las ténues álas de la mariposa. El mundo es un vasto coloseo henchido de cenizas de pueblos, el mar ha rebosado con nuestras lágrimas, la atmósfera está llena con nuestros suspiros y el planeta se ha condensado con huesos de sepulcros. Pero hay algo en el fondo de nuestra conciencia, un astro de incandescente luz solidaria con el alma universal de la naturaleza, con el aroma de las flores y la luz de las estrellas, hay algo que dice á nuestra alma, esa hermosa Niobe que mira perecer sus sueños, hijos mimados de su corazon. — “Viajera de la adhesidad, divina segadora, prosigue tu camino y aguarda tu salario: tus esperanzas no serán ménos que los frágiles hilos de los arácnidos y que las espigas de los dorados trigos: las aves del cielo no siembran ni cosechan y el señor no las olvida,” y esa voz que escuchamos en las horas melancólicas de la tarde, en la imponente nave de las catedrales góticas, en la distante esquila que va propagando el funebre lamento del crepúsculo, nos dice á cada momento: No, jamás: el génio de Newton y el amor de una madre no acabarán en la tumba.

Amigas inolvidables, á quienes estoy ligado con los dobles vínculos de la amistad y de la fraternidad literaria: aquella juventud que acudía solfeita á vuestra casa hoy desolada, donde las nobles artes hicieron su nido; acudirá tambien á tributaros hoy los piadosos consuelos del infortunio; en tanto yo ausente de vosotras, solo puedo enviaros el triste consejo de la resignacion hija de la esperanza.

En medio de estos dias sin color que pesan en la frente de la sociedad, en medio de un siglo que no tiene objetivo, el sentimiento arrastra una vida efímera y precaria, la razon humana asciende en su barquilla aérea á conquistar el cielo; pero el aire se enrarece mas y mas y la sangre la abandona por sus poros. No la habéis de la paz de los sepulcros, de las piadosas oraciones que aprendimos á la sombra de los altares, en la ermita de vuestras campiñas ó en los templos de vuestras ciudades, ni de las terribles visiones que el estático de Patmos ha trazado en las sombrías páginas del Apocalipsis, porque el análisis descarnado y frio se ha sentado sobre las ruinas de lo pasado, imponiendo silencio al gran gemido de la humanidad — pero vosotras guardais el hogar como el único recinto donde todavia se cree; violetas, que perfumais la sombra donde reposó el viajero, niñas educadas al calor de los besos de vuestra madre y de los consejos del Evangelio, que juntaís el profundo saber á la modestia sin límites: yo deseo que el ángel de las esperanzas infinitas recogiendo en copa de oro vuestras lágrimas, y evaporadas ante el trono del Altísimo, os traiga entre las nubes de la tarde las bendiciones de vuestro padre.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

ENARDO Y ROSAEL

ó

EL AMOR Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

DEDICADA A MI MUY AMADA ESPOSA.

I.

Luzbel cayó por el pecado de la soberbia. Su caída nos dice, que ni los ángeles están exentos de flaquezas semejanter á las humanas.

Introducido aquel pecado en el cielo, quizá traidoramente como la culebra en el paraíso terrenal ¿porqué no sería posible que, siguiendo su estela, se entrasen otros ?

Aunque el ángel de que vamos á hablar, no puede decirse que peca mortalmente; no debe juzgársele sin culpa, toda vez que se deja llevar de cierto hastío nada propio en las regiones de la eterna ventura: hay séres tan anhelosos que hasta del cielo se cansan.

Pero ¿no es dado á los ángeles el don de comparar? No tienen derecho á la inconformidad? Creemos que sí, porque la comparación es propia del sér inteligente, y el descontento es propio del sér libre. Y si como ángeles son (y aún como hombres lo serían) inteligentes y libres, pueden comparar y tienen derecho al descontento.

Pero es posible el descontento en la mansión celeste? Como hemos dicho, ni los ángeles se ven libres de las humanas flaquezas.

Si alguno de ellos fija sus miradas en la tierra, sobre todo en ciertos días y sin detenerse á examinar sus pormenores, está expuesto á sentir el deseo de visitarla: que si por lo malo apreciamos lo bueno; lo malo puede parecernos bueno alguna vez por oposición.

Tal sucedió á Rosael, uno de los ángeles más bellos del Eden divino. Empeñado en ver hácia la tierra, iba entristeciéndose más y más con el deseo de visitarla, pues todo anhelo que no se satisface produce tristeza, lo mismo en los ángeles que en los hombres.

Ni bastaron á sacarle de su terrestre arrobamiento los coros celestiales, ni las pláticas de sus hermosos compañeros, ni las bellezas y dulzuras que en aromas y luces y colores tornan inefable aquella esfera, ni aún la voz del Señor que de vez en cuando y con ternura reconvenía por aquellas distracciones terrenales.

Pero escrito estaba sin duda que algun ángel había de envidiar la vida del hombre, y Rosael echaba de ménos en el cielo la miserable tierra: es indudable que algo había en el humano planeta que de tal modo le atraía y encantaba.

Sigamos pues la direccion de sus ojos y con ellos detengámonos en una comarca de la Grecia, país originario de la poesía: en uno de sus bosques mas apropiado á la tradicion de sus ninfas y sus diosas, hallarémos la causa de los afanes de Rosael.

Un hermoso mancebo duerme á la sombra de un árbol perfumado, y no léjos del mar cuyas olas, al estrellarse en la arenosa playa, le arrullan y adormecen.

Nuevo Endimion en la belleza; pero más feliz que él, es ya el tormento, no de una luna sino de un ángel.

Y grande habrá de ser esta afición, cuan-

do ni el paraíso ha bastado á disiparla: solo el amor puede hacer que se deje el Paraíso por el mundo trayendo aquél á éste.

Traducimos por amor la afecion de Rosael, quizás aventurando en demasía; pero en nuestra deficiente manera humana, solemos ser un tanto libres en las traducciones, y lo que amor nos parece, amor llamamos.

¿Y de qué otro modo apellidar, aquel desencanto en la celeste bienandanza, aquel derredido éxtasis, aquel embeleso terrestre, aquel suspirar constante, desde que vemos que un bello mortal es quien lo inspira?

Como dicen que el amor es ó parece cosa de ángeles; lo que sienta un ángel, cuando de un nuevo Endimion se trate, dirémos siempre que si no es amor, anda en su busca.

Una sombra, mejor dicho, una mujer, alguna ninfa del bosque, alguna ondina del arroyo, la luna tal vez, se desliza junto al mancebo, y aprovechándose de la soledad, enreda una mano de marfil en la dorada cabellera de éste.

Palidece Rosael. ¡Cuán bello está! Los celos embellecen aún á los ángeles.

“Señor — dijo al Omnipotente. — Anunciado está que os haréis carne para librar de Luzbel al hombre, y que vuestro sacrificio lle-
“nando de luz el Mundo, aumentará los res-
“plandores de esta gloria, y hará dulce el
“martirio por el hombre. Yo amo á un hom-
“bre, Señor — Luzbel en humana forma y con
“hechiceras seducciones, quiere hundirle; de-
“jadme ir á salvárosle.”

—“Rosael: hijo eres de mis ojos y mi querer; nada intento negarte; pero cuidado con tu propio engaño y con que por vencer, no seas vencido. El Luzbel de la soberbia quiso dominar el Cielo y no volverá á él; tú, el Luzbel del amor terrestre, no dejarás la Tierra, sino cuando el amor sea digno del Cielo. Tú mismo dirás si es expiación ó prueba la mision que te impones y anhelas cumplir. Bendito sea tu sacrificio.”

Dijo así el Eterno: Rosael se lanzó en el espacio, y más veloz que el rayo, llegó á la Tierra.

II.

Enardo iba á buscar á los bosques de Grecia lo que no encontraba en las ciudades: la tranquilidad para su espíritu, agitado por la sed de soluciones.

Discípulo de Sócrates, lloraba la muerte de su maestro.

Discípulo de Homero, soñaba en vano con la beldad de Helena.

Y era que ni la Filosofía ni el Arte reanimaban ya su corazón.

Ante la idea del Dios Único de Sócrates, las deidades del Olimpo se habían convertido en vanas sombras para su espíritu, en el cual

Carrion

se representaba como á manera de sueño, cierta imágen parecida á la del Justo que Platon retrataba en sus lecciones. ¿ Querria éste designar con aquel retrato á su maestro ó era fantasma de lo porvenir reflejado en las necesidades de lo presente? ¿ Qué inteligencia investigadora no habría de sentir entónces la saciedad del tiempo? ¿ Quién, cuyo espíritu viviese en la atmósfera del mártir de Atenas, dejaría de sentir bajo su planta el desmoronamiento de lo existente? Enardo, pues, como discípulo de Sócrates, sentía todo esto; pero callaba por temor de la cicuta.

En cuanto al amor, creciente necesidad de su corazon desconsolado, había perdido su atractivo; porque modificado aquel sentimiento en él por el nuevo estado de su espíritu, vislumbraba lo que no hallaba.

Sentóse triste, muy triste, como quien no sabe lo que quiere ni lo que busca, como quien ama sin fé y anhela sin esperanza, á orillas del mar, cuyas olas, en su monótono ir y venir, semejaban sus interminables y vagas cavilaciones.

Cansado al fin su ánimo, sorprendióle el sueño: quizá deseaba no despertar.

Rosael que desde el cielo le contemplaba, le vió tan triste; que entónces fué cuando resolvió dejar el Paraiso y consagrarle la vida ó más de una vida terrenal.

Pero quizás no decidió á Rosael tan solo la tristeza de Enardo. La mano que acariciaba la cabellera de éste, era la de una hermosa mujer. Ni los ángeles se libran de los celos. ¿ Dejaría de ser amor celoso el de Rosael desde el momento en que un infeliz mortal se lo inspiraba?

Los celos amorosos nacen, de que por ser todo tan frágil en la Tierra, casi no es natural vivir sin desconfianzas.

Pero no era la mano de Lucifer la que acariciaba la cabellera de Enardo.

Si tal creyó Rosael á la distancia, perdon merece: los celos suelen ver por donde quiera al ángel malo.

Aquella supuesta mujer, no era sino un verso de Homero, que siendo tan hermoso y al verle acariciar á Enardo, podia parecer á quien por tales caricias sentía celos, una mujer.

Acaso, por lo bello, era semejante á alguna ninfa de aquellos bosques.

No sabemos porqué jugueteaba con los cabellos de Enardo; quizá como semejante á mujer, no dejaría de llevar en ello algun capricho.

Pero vió al recién venido ángel y se fué á sus labios sin duda por más bellos: Rosael pudo entónces hablar la hermosa lengua del Vate de Smirna.

¡ Pensamientos de ángel en versos de Homero!

¡ Pobre Enardo, ó feliz Enardo!

III.

Rosael era uno de los ángeles más bellos del Eden cristiano.

Cuando Luzbel se reveló creyéndose el más hermoso, el Señor le presentó á Rosael para mostrarle, que quien podia envidiar, no tenia razon en ser soberbio.

Y cuando el arcángel Miguel venció á Satán en una de sus intencionas contra el Cielo, Satán creyó deslumbrado que Miguel era Rosael.

Era pues tan bello como los arcángeles, ¿ qué no sería en la Tierra? ¿ Qué no sería cuando venía radiante con su belleza del Cielo y melancólico con el amor de la esfera humana?

¿ Y cómo le vería Enardo en las halagüeñas vaguedades de un ensueño? Aquel ensueño tomó ciertamente la forma de mujer; y como Enardo soñaba siempre con Helena; Rosael, desde aquel punto, parecióle la Helena, su ideal.

Las beldades del Olimpo se conmovieron al creer que la esposa de Menelao resucitaba.

Vénus, al ver la trasformacion de Rosael, imaginó aquella Helena más hermosa que la de París, y rabiando de envidia la juró venganza.

Y pidió á Júpiter sus rayos contra aquello que llamaba usurpacion de su hermosura y robo de sus gracias.

Júpiter declaró que si Helena resucitaba, era sin su mandato, pues no quería tornase á la vida la manzana de las discordias.

Dispúsose el tonante á herirla con sus rayos; pero acaso imaginó su ingeniosa y aventurera magestad, alguna travesura semejante á sus pasos con Leda, Europa ó Dánae, y sonriendo de esperanza, tornó á guardar sus rayos.

Entónces Vénus resolvió vengarse por sí propia: de la aljaba de su hijo tomó un dardo, que emponzoñó cuanto pudo en el dulce veneno de sus ojos, y arrojólo hácia Rosael y Enardo, hiriendo á uno y á otro en el corazon.

Despertó Enardo al sentirse herido, y viendo á Rosael trasfigurado, halló ser su ensueño realidad.

En cuanto á Rosael, con amor había dejado el Cielo, el amor á Enardo le trajo á la Tierra; pero aquel amor celeste añadió á sus éxtasis y ternuras, los ardores que devoran, la tristeza que suele amargar los amores de la Tierra.

Desde aquel punto el paraiso de Rosael tuvo su serpiente instigadora, y Enardo halló para el infierno del amor terrestre, una ráfaga del Cielo.

El pensamiento de Sócrates tuvo alma, la belleza de Helena tuvo amor: el pensamiento y la belleza tuvieron cielo!

Pero como aquel cielo tenía sus nubecillas; amostazada Vénus al ver invadido el amor

exclusivo de la forma, que era su reino, estaba allí, entre ellos, para recordarles que el paraíso del amor es un paraíso terrenal.

Y cuando Enardo, á la sombra del laurel de Dafne, cantaba al son de una lira, la belleza de Rosael y la ternura de su amor, veía á Rosael en Vénus y á Vénus en Rosael.

El discípulo de Sócrates afanábase por realizar la soñada armonía de la belleza.

Si en sus poemas se extasiaba en Rosael, perdíase en la vaguedad de lo infinito, y cuando se extasiaba en lo helénico del ángel, tomaba á éste por Vénus; es decir: que no se levantaba de la tierra, ni lograba emanciparse de lo infinito.

Entonces suspiraba por la armonía de lo ideal y lo sensible, que es el ensueño del poeta.

El ex-ángel había suspirado por lo mismo allá en la altura, había envidiado á Erato que cubría en rosas las flechas del amor que dan tan dulce muerte; y una vez en la Tierra, insistiendo en su anhelo de ser Erato, deliraba por serlo en Rosael y unir en su corazón la Tierra con el Cielo.

¡ Cuán triste sacudía sus trenzas, verdadero ideal por lo ondulante de las líneas, realidad encantadora por el perfume que derramaban!

IV.

Oigamos de sus labios la expresión de estas luchas y sentimientos.

Á la sorpresa de Adán cuando halló á Eva recién salida de su carne, solo podría compararse la de Enardo al despertar.

Rosael fué para su mente la Helena de su ensueño.

— Helena! — decía Enardo. ¿ Sueño aún ó estoy despierto? ¿ En qué realidad pudo verse una mujer tan bella, tan vaporosa, tan parecida á un sueño?

“ No hubiera podido imaginar Pitágoras armonía más portentosa. Ni Sócrates con aquella mirada que halló á través de lo eterno la unidad divina, ni Platon al dar á las ideas un alma, ni Fídias al realizar la forma en la belleza, pudieron imaginarte; y yo te imagino, te sueño, mas aún; te veo y aspiro la rosa de esos labios, y me embriago en el aroma de esos encantos que siento y admiro y me enloquecen, sin que me sea dable describirlos. Oh! sí, que te vea y palpe esa realidad que me dice: Helena está aquí, la bella Helena revive entre tus brazos.”

Rosael le escuchaba con encanto y con cierto púdico terror. Bajaba los ojos y jugaba con los pliegues de su blanca túnica.

Su cabellera en ondas perfumosas caía sobre aquella gasa de nítida blancura, y sentía lo inefable al escuchar tales acentos; pero tardaba en avenirse con aquel lenguaje embriagador,

hechicero, que la asustaba como de la Tierra.

En el cielo había sido celebrada la belleza de Rosael, porque los ángeles, á excepción de Satán, no son envidiosos, y acostumbrados á la belleza, la aman y la aplauden; pero aquellos elogios en boca de Enardo, tenían tales hechizos, que nunca fué tan dichoso al oír los que los ángeles le tributaron.

Las alabanzas, si en labios indiferentes placen, en los amados extasian y hasta enloquecen; pero ay! de Rosael, si dejándose llevar de tan seductoras palabras, llegara á creerse más feliz en la Tierra que en el Cielo!

Rosael no acertaba á contestar: callaba, y aquel silencio era para Enardo mas elocuente que la mas bella palabra.

“ He oído decir que el amor es el rey del Universo, que bajó del Olimpo; pero si los seres irracionales sienten el amor como el instinto que les impide perecer, en el hombre, mas que instinto, es condición estética que embellece su vivir.

El poeta, el artista sin amor, serían como la lira sin sonido y el mármol sin la forma. La lira suena por el amor, y por él se anima el mármol. El hombre es el único ser poeta y artista; porque es el único que ama, y el amor eres tú, mi dulce Helena. La lira suena y el mármol se anima por tí, y te canta y te esculpe mi alma, creándote en mi mente y en mi corazón.

— Enardo — osó decir Rosael. — Hay un cielo mas valioso que el Olimpo y una belleza mas alta que la mía. Yo gozaba de la inefable gloria. Te vi triste, y vine en tu busca para llevarte al paraíso.

¿ Qué mejor paraíso, replicó Enardo, — que esos ojos que me miran con fulgores divinos? Mírame, y muérame en tus brazos.

No, imposible — exclamó Rosael. — Mi misión es la de llevarte de este mundo.

— Y este mundo — repuso Enardo — ¿ no es muy bello? Desde que tú le habitas, todo es armonía y todo es luz. Cuando me faltabas, hubiera muerto de tedio, ahora moriría de placer. Mira esos campos, mira ese cielo, mírate á tí misma: los campos se engalanan para servirte de florida alfombra, el cielo se serena para servirte de dosel á tu hermosura. Tú animas la flor y la coloras y la aromatizas con tu presencia: las aves te saludan, te loan y te envidian: los arroyos se truecan á tu vista en cintas de plata, el céfiro te arrulla, y la voz dulce del arroyo y el ruidoso mujido del torrente, y el aura y el ave y el campo y el cielo, todo me dice: aquí está ella! Y ó todo se muestra alegre para alegrarme, ó es mi alma que lo alegra todo. Oh! dime si el mundo contigo no es muy bello, y si no quisieras, como yo en los tayas, morir entre mis brazos!

El semblante de Rosael se ruborizó de pla-

cer ante aquellas palabras. La emoción dulcísima hizo palpar su corazón; pero aquella emoción tenía por eco un suspiro, que murió en sus labios en forma de sonrisa. Sonrisa placentera como el bello celaje que la presenciaba; pero no exenta de nubecillas: verdad es que tales nubecillas tenían la blancura del cisne.

La tierra estaba encantadora para el que en ella amaba y era amado; pero recordaba el cielo, y por eso su sonrisa, aunque dulce y placentera, era melancólica.

Acaso hallaba, que el amor en la tierra se parece á la felicidad del cielo: quizá sentía que este complemento le faltaba, quizá temía que aquel encanto al acercarla á su Enardo en el mundo, los alejase á entrambos del paraíso; pero era, á pesar de todo, tan feliz!

Vénus vino á hacerla mas seductora, ante la osadía de Enardo. ¿No estaba ella celosa y allí para vengarse?

¿Helena no era una Vénus para Enardo? Sin duda Rosael pecó de imprudencia al dejar la morada celeste.

Si allá no era feliz ¿podría serlo en otra parte? Generoso es renunciar al cielo cuando no se conoce el tormento de haberle perdido; pero conociendo este tormento ¿no es más generoso retardar por su gusto la vuelta á él?

La noche vino y cubrió el campo con sus sombras. La hermosa luna iluminó la Tierra, según costumbre. Alumbraría la felicidad de unos mortales y la desdicha de otros; pero la luna es misteriosa y el sol pasa muy alto: lo que aquella adivina y lo que este ve, lo callan.

¿Qué será de Rosael y qué de Enardo?

(Continuará.)

ELLAS Y ELLOS. (*)

I.

El ruiseñor y la rosa nacieron para amarse. Se aman y se amarán siempre á pesar de los desengaños, tan inherentes al amor, como á las rosas las espinas.

Llegó Mayo, y en una de sus mas serenas alboradas la rosa abrió su cáliz como abre su corazón á las ilusiones de los quince años la doncella.

El Céfito al despertar, meciéndola en su tallo, la dijo estas palabras:

“Hija de la aurora, eres muy bella.”

Pero el ruiseñor, mas zalamero, la llamó “reina de las flores;” y la plugo mas el ruiseñor.

Y ella y él se holgaron amorosos, dándose mutuamente cantos y perfumes.

Pero vino para aquel amor la mano terrible del destino..... ¿El Sol?..... ¿El huracán?..... No.

II.

Aquel día era singular: salieron dos soles. El uno asomaba en el Oriente, el otro en una ventana de modesta casa campesina. — Este Sol era *Ella*, una mujer.

Al ver la rosa, parecióle apropiada á sus cabellos;

(*) En el álbum de la Srta. Doña J. de L.

extendió su brazo de marfil y arrancóla de su tallo: aquella era la mano del destino.

Dióla digno lugar entre sus perfumadas hebras de ébano: ¿que destino tan hermoso!

El ruiseñor, al verse sin su amada, cantó duelos y quejas.

La rosa, ruborizándose de envidia ante el rostro de la doncella, no solo recordó los himnos del ruiseñor que la llamaban reina; sino que cortesana ahora de otro ser mas bello, echó de ménos hasta las alabanzas del Céfito. Ella, que solía recibir las con indiferencia!

III.

Mas ¿por qué madrugó la doncella? Sacóla de entre las finas holandas la anunciada visita de su doncel.

Perfíbese de cerca el galope de... Como el caballo de Ethelwood, tan de prisa viene, porque tan lentamente se va.

Divisa el ginete á su dama, y á poco crúzanse entre ámbos dulcísimas palabras.

Suspira entonces la rosa viendo que su amante festeja á otra flor que junto al rosal acaba de abrirse; y murmura con tristeza:

“¿Lo que son los ruiseñores!”

Pero la rosa pasó á manos del galán, quien la besó y la llamó bella.

A la rosa pareció entonces esta palabra, sin duda por despecho, mas dulce que los cantos del ruiseñor; y éste exclamó á su vez:

“¿Lo que son las rosas!”

IV.

El galán partió lentamente y la doncella al perderle de vista, ocultóse cerrando la ventana.

Solo quedóse el Céfito.

Revolando en torno de las flores y llevando en sus alas perfumes y palabras y cantos; murmuraba:

¿Lo que son los ruiseñores!

¿Lo que son las rosas!

V.

La rosa murió, como todas, con el día. — Su existencia ni por corta, se libró del desengaño.

Y el Céfito sobreviviendo á todos, pudo añadir tal vez mas tarde:

El hombre es ruiseñor,
la mujer rosa;
la palabra de amor
es mariposa.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

EPÍGRAMAS.

Aquí una suegra y su nuera
hundió la Parca voraz:
ámbas juntas, caminante,
ámbas ya duermen en paz.

— Hombre ¿qué fué de Pascual,
aquel jóven vivaracho?....

— Se casó — ¡Pobre muchacho!
Siempre de él auguré mal.

A. BADIA.

CHARADA.

Si mi prima doblais, tendreis, lectoras,
manera de vivir que no me gusta.
Con ella mi segunda os dará el nombre,
de una fruta vulgar, no poco insulsa.
Mi segunda y tercera se producen
en esta Borinquén y allá en el Júcar.
Pintoresco es mi todo: en él la vista
de un panorama sin igual disfruta.

R.

Establecimiento tipográfico de Gonzalez.

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica los días 15 y 30 de cada mes.

Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
Calle de la Fortaleza, número 9.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimestre.

CONVERSACION CON MIS LECTORAS.

Parece que escuchó mis quejas nuestro teatro, amabilísimas lectoras. ¡Y yo que, como podreis recordar, me lamentaba en nuestra plática anterior de verte tan triste de puro cerrado! Por fin abrió sus puertas al bello arte de la música, y nos ha dado, con los conciertos de la notable prima dona Ida Visconti y de los no menos dignos artistas que la acompañan, gratísimos ratos.

Por desgracia, parece que desde los tiempos en que nos visitó aquel ELENCO en que figuraban baritonos y tenores de *primo cartello* como Vita y Tiberini; los grandes artistas líricos habían hecho voto de alejarse de nuestras playas. Ojalá que alentados, por la buena acogida que de nuestro público han obtenido los que motivan estos párrafos, sirvan de estímulo á otros, y volvamos á contar en nuestro teatro con lo que no dejamos de merecer y de apreciar: buenos artistas.

De desear hubiera sido que la visita de los referidos artistas se hubiese verificado en otra estacion, pues sabido es que en la presente veraniega está mermando nuestro público, por las muchas familias que dejan la ciudad para disfrutar de la frescura del campo. Tampoco es de ignorarse, que si la *yuca* se da en nuestro suelo en todas las estaciones; por lo que respecta á este año, ha sido y está siendo muy abundante su cosecha.

Á otra cosa.

¿Os va gustando LA AZUCENA? Parece que sí, á juzgar por el refuerzo de suscritores y sobre todo de ellas que ha venido á favorecerla, probando que no desconocéis los bienes que al cabo habrá de recoger, de publicacion semejante, el progreso intelectual y moral de esta Provincia.

No dudeis que esta REVISTA llegará á ser la verdadera agua de Bimini; no aquella que en vano fué á buscar nuestro primer gobernador Ponce de Leon á la Florida; sino la que, de seguro habríale remozado, si hubiera tenido el buen gusto de vivir hasta hoy para alcanzar la publicacion y gozar de la lectura de "LA AZUCENA."

Señor de todo mi respeto conozco yo, que de solo leer el primer número de cabo á rabo, ó mejor dicho, desde el título hasta el "Imprenta de Gonzalez," que rabo no puede tener una azucena; se ha tornado tan mozo y tan gallardo como en sus veinte

y toma á cualquier dama por Helena
tan solo con mirarla,
y, de amor y entusiasmo el alma llena,
pónese á requerebrarla:
y el campo halla florido
y el cielo mas azul, y huye la pena.
¿Y porqué? por haber solo leído
un número no mas de "LA AZUCENA."

Y si esto ha pasado con un viejo y con solo el primer número ¿qué no habrá de acontecer con vosotras cuando leais un número y otro y mil? Oh! seréis mas

hermosas que lo fueron las Dianas y Gabriélas, mas copiables que las Fornarinas y mas celebradas que las Lauras y Eleonoras. Vuestra cabellera valdrá mas que la de Berenice, vuestro cútis será mas terso y durable que el de Ninon, vuestros ojos tomarán aquel bello rasgado de los de la Sultana Zoraida y vuestro talle podrá mecerse con mas gracia que el de la Esler. Sí, "LA AZUCENA" llegará á ser el mas apropiado dije, el perfume mas puro de vuestro tocador: podrá operar en vosotras todos estos primores.

¿Y para vuestra alma?... toma! pues sin ser pura metáfora cuanto digo respecto del influjo de "LA AZUCENA" en vuestro físico; como lo cortés no quita lo valiente, y como se puede ser bella y se viene á ser mejor cuando se es buena, y se duplica la hermosura cuando se es inteligente; todo cuanto digo de la Revista acerca del cuerpo, puede entenderse respecto del alma: que

si aprecias, Laura, la belleza externa,
sus hechizos te harán preciar la interna.

Por lo pronto, al declararos lectoras y protectoras de "LA AZUCENA," dáis una prueba de buen gusto y de que vuestro entendimiento sabe estimar lo que tiende, aunque modestamente, á difundir la luz y el amor de lo bello.

"LA AZUCENA" es un periódico que llena un vacío. No os hablará sino rara vez y como por casualidad, de las modas, de los bailes y de los atavíos; por que ella ama y gusta de ver en vosotras, de preferencia, lo que vale mas que los mas pomposos mirinaques y la belleza que dan los postizos y los cosméticos: la cultura del espíritu y la belleza del alma.

En este número hallareis lo que no alcanzó espacio en las páginas del anterior: una Seccion científica.—Los fatales efectos del *alcoholismo* diseñados con maestría por un sabio francés, trabajo que ha pués en castellano y arreglado expresamente para la Revista un suscriptor nada indocto, aunque pretende guardar el nombre; deberán y podrán ser estudiados en nuestra sociedad; y aunque tal materia no va con vosotras, lo indico aquí para recordaros que no desconozco esta circunstancia.

Para todos los gustos ha de haber en una publicacion del género de esta Revista, y no debéis olvidar que aunque modesta como flor, aunque de preferencia para vosotras, porque "LA AZUCENA" es muy galante, va tambien destinada á los amantes de las ciencias. Recordad que el sentimiento religioso, el de la ciencia y el del arte, son los tres elementos constituyentes de la armonía humana.

Hé aquí un tema bueno para desarrollado y que no echo en saco roto para otra ocasion: por ahora é insistiendo en lo de que, en esta Revista debe haber para todas las aficiones y para todos los ramos, ya del saber, ya de la industria; voy á hablaros de una de estas que os atañe y no de lejas.

Sabreis como está de vuelta entre nosotros de su escursion industrial á los Estados-Unidos, mi amigo que tambien debe serlo vuestro, Don David A. Rodríguez, introductor y reparador hábil de las máquinas de coser; de esta industria que tanta comodidad y fa-